

Eveline Hasler
Tessin-Calw / Calw-Tessin

Creado durante la beca Hermann Hesse en Calw
Febrero-abril de 2001

Para abordar mi beca Hermann Hesse hago en sentido geográfico un movimiento a contramano hacia Hermann Hesse: viaje desde Tessin hacia Calw, es decir, vuelvo a la biografía del poeta. ¿De verdad quieres ir a pasar unas semanas al norte, a principios de febrero?, dicen mis vecinos sacudiendo la cabeza mientras señalan los brotes amarillo-verdosos de la mimosa. Encontrarás de nuevo el invierno y el frío, ¿quién te manda ir allí? La magia de Hermann Hesse, respondo.

Asienten. Nadie parece sorprenderse. Hesse está presente en cada esquina de Tessin, se piensa en sus textos cuando se trabaja el jardín o se observa el lago, se le ve con sombrero de verano y caballete de pintor bajo el magnolio y uno se imagina sus paseos. La víspera de mi partida, en febrero de 2001, en la ladera sur de los Alpes sopla el cierzo del norte; el cielo está limpio de nubes y es de un azul transparente, antinatural; la superficie del lago muestra destellos metálicos y las islas destacan en negro al contraluz. Visitas de despedida. Una de ellas es a Heiner Hesse, que vive a un par de curvas arriba, en la ladera, en un viejo molino. La memoria de este hombre, que nació en 1911, está fresca, habla de las casas y las calles de Calw, muestra fotos, manda saludos y me da la dirección de una prima, la hija de Fanny Gundert.

Después doy un último paseo que me lleva por el campo donde Hesse, muchos años antes de Montagnola, ya buscara reposo e inspiración: las laderas del Monte Verità y las Keltenfelsen al oeste de Ascona. Aquí los árboles aún tienen el pelado del invierno, la maraña de ramas es de color gris perla, las laderas muestra colores sepia por la hojarasca que han dejado caer los castaños. Por el empinado desmonte voy subiendo agarrándome a los matojos de retama, luego, en una hondonada, me hundo hasta las caderas en el remolino de hojas viejas. En la escalera de piedra que serpentea subiendo por las rocas de granito recuerdo los versos del poema de Hesse "En Arcegno":

*"Voy por la vieja Escalera de los Ermitaños,
la vacilante lluvia primaveral gotea despacio,
en el crudo viento parpadea la hojarasca de abedul,
con reflejos marrones destella la roca humedecida...
Aquí está mi sagrado país, aquí he recorrido
cien veces el camino silencioso de mi introspección..."*

Más arriba, en el altiplano, el viento juguetea en las matas de juncos, un rumor vibrante me atrae hacia los charcos bajo la pared rocosa, el agua salobre vibra de vida. Las ranas se aparean, se acerca la primavera.

*"Aquí siguen respirando las ideas como alas de mariposa,
las que yo cazaba aquí, entre rocas y genista,
años ha en medio del viento bajo el hálito del sol –",*
sigue diciendo el poema "En Arcegno".

También aquí buscaba siempre Hesse su soledad, su renovación, durante su época de Berna. "Ve al desierto tebano, es decir, a la región de Locarno, donde tantas veces fui ermitaño", le escribió a Paul Gundert, que estaba en Calw. Gusto Gräser, hombre de naturaleza y poeta, a quien Hesse conoció entre la gente del Monte Verità, debió ser el primero que guió al joven poeta por aquel lugar. Gräser lo llamó su sala de estrellas de

tierra. Asciendo aún más y miro desde el pequeño Alp hacia abajo, al lago, donde como caparazones de tortuga destacan las redondas y peladas rocas de granito entre la vegetación siempre verde.

Durante el regreso me detengo ante la grieta en la roca que la voz popular llama *Pagangrott* o *Heidengrotte* (“gruta de los paganos”). Me imagino cómo Hesse quiso jugar al ermitaño en esta gruta, lo mal que le sentaba la soledad, sobre todo bajo la lluvia de Tessin, que cae a violentos raudales durante días.

El texto “In den Felsen – Notizen eines Naturmenschen” (“En las rocas – Notas de un hombre de la naturaleza”) habla de estas experiencias:

“Mis primeros días de anacoreta han sido terribles. (...) Escribo estas letras tumbado en el suelo de mi cabaña de tablas, llueve fuerte y hace tanto frío que me he envuelto en mi manta de lana hasta las axilas. Me alegro de haber traído papel y lápiz, aunque esta forma de pasar el tiempo va en realidad en contra de mi proyecto. Pero con una lluvia que dura ya tres horas y cuyo fin no se vislumbra, estar tumbado solo en un lecho de listones en mitad del páramo, sin libros, sin tabaco, sin fuego, sin pan, debilitado por el ayuno, sería muy difícil de soportar sin este inocente placer de escribir.”

Las grietas son lugares de reconsideración, de renacimiento, de inspiración. Procedente de Herrenberg paso por un alegre altiplano atravesado por bosquecillos. De pronto se interrumpe la meseta y allá abajo, en una grieta, aparece Calw. Casas con fachadas de aguilones, adosadas unas a otras, los tejados intrincados. El pequeño río hace la raya a la maraña de edificaciones; aquí, junto al puente de arenisca roja, veo al joven Hesse que sigue en pie con su caña de pescar.

Hesse también está presente allí, en todas partes. En mi ordenador aparece en la página de inicio de la Caja de Ahorros. En el escaparate del puesto de información municipal saluda desde el cartel: es un Hesse fino, totalmente civil: traje oscuro, corbata, reloj de cadena. Lleva un cigarro entre los dedos. Rostro modelado con líneas finas, mirada despierta, inteligente, gafas de montura dorada. Así podría salir de las oficinas de una curtiduría de Calw. Es la edición especial de Hesse para Calw. El Hesse restante, por ejemplo el buscador de la verdad semidesnudo que estaba en las laderas del Monte Verità, sigue viviendo en la cara oscura de la Luna.

En el edificio Schützhaus, el museo bien documentado y equipado con gran esmero, me encuentro con un Hesse de varias capas. Me alegra encontrar en la pared de la biblioteca una talla en madera de Max Bucherer; a comienzos de los cincuenta, el artista mandó construir sin asistencia de arquitecto la casa de Tessin en la que vivimos, y él mismo habitó en ella durante mucho tiempo. La viuda de este amigo de Hesse nos regaló entonces una copia de esa cabeza y, así, Hesse tiene desde hace nueve años una visión panorámica de nuestra vivienda desde su lugar en la campana de la chimenea. Me gusta mi clausura de escritora en Calw. Desde esta atalaya veo por encima de la mayor parte de las cosas: los infatigables peatones, los escolares, los clientes del banco. Simpatizo con las palomas de patas rojas, en eterno trote corto, y con los pinos tejados que brillan bajo la lluvia. Aquí no llueve con ira como en Tessin; la lluvia es más suave, más fina, más monótona. Las casas de entramado de madera llevan en una mañana de febrero una fina capa de nieve; de niña me imaginaba este tipo de pueblos y ciudades, casas de calendario de adviento con algodones y polvo de plata y ventanas iluminadas que cada día se abren a nuevos sueños.

Pero un vistazo por la ventana de mi despacho de clausura me devuelve a la realidad: aquí se trabaja mucho y se sueña poco. Desde la perspectiva de pájaro las personas ya parecen tener prisa desde por la mañana temprano, simulan que conocen una meta; sólo los niños y

los jóvenes con sus mochilas de colegio se detienen a veces, se mueven con más jugueteo. Allí, ese joven alto y flaco podría ser Hermann Hesse a los quince años.

El Calw comienzo a releer sus primeras obras.

¿Acaso alguien ha escrito mejor sobre los encantos, las tribulaciones y las necesidades de los años juveniles? La escenificación de aquellos acontecimientos e historias se reconoce aquí punto por punto. Allí está la casa del abuelo Gundert, aquí la casa donde nació el pequeño Hermann, y en el entrante de la Badgasse, en la cerrajería, vivió Mohrle, cuya temprana muerte ensombreció la juventud del poeta.

¿Se puede pensar en Calw sin Hesse, en Hesse sin Calw?

Un buen día viajo a Maulbronn siguiendo las huellas del joven Hesse.

Todavía sigue ahí un éforo cumpliendo su misión, pero desde “Unterm Rad” (“Bajo la rueda”), la rueda del tiempo también ha movido algunas cosas en los venerables edificios. El éforo que en el año 2001 me conduce al oratorio escalera de caracol arriba lleva un jersey de color y cita a Hesse. En el pasillo, los estudiantes del tercer milenio, con sus coletas de diseño a la moda, se parecen de un modo asombroso a los retratos de los antiguos pupilos: Kepler, Hölderlin, Herwegh; incluso Strauss estuvo allí como repetidor. Hesse falta en la galería de antepasados. Su habitación se recortó durante los trabajos de rehabilitación, como si se quisiera eliminar su recuerdo, dice el éforo con pesar. En una puerta del dormitorio general se lee en un cartel adhesivo: El éxito es sexy. En el pasillo bajo la escalera hay un cochecito para niños.

El sábado por la tarde se hace el silencio en Calw, ni siquiera la cafetería está abierta el domingo. El lugar se muere durante el fin de semana.

Los habitantes de Calw, de eso me doy cuenta, no viven en Calw, sino arriba, en los pueblos bien soleados al borde del caldero.

En la pequeña ciudad, detrás de las apasionantes fachadas de entramado de madera dignas de un museo moran italianos del sur y turcos. Cada sábado por la tarde los jóvenes sureños lanzan un grito de liberación: estamos sólo nosotros. Se sientan como en Sicilia, en los escalones. Juegan con pelotas o a las cartas. Exclamaciones extranjeras conquistan el lugar, ahora que han sido barridos los indígenas, y se desplaza un poco hacia el sur.

Yo también me he quedado allí, en mi cuarto de poeta.

¿Qué es el silencio, y qué produce?

“Nada en el mundo detesta más el hombre que recorrer el camino que conduce hasta sí mismo”, dice el maestro en su “Demian”.

Durante la semana trabajo en una historia sobre Hesse en Tessin para una antología que se pretende publicar en 2002, el año de Hesse. Con bastante frecuencia leo en librerías y en escuelas. Sólo se me podría privar de los domingos. Miro por la ventana de mi cocina de Calw, reconozco entre las zigzagueantes líneas de los bosques la única salida de la nasa: un valle alto cubierto por un banco de niebla algodonosa. La niebla aplasta los abetos allá arriba, en el borde de la olla: estrías, velos, niebla délfica. Al igual que Hesse, espero la inspiración en la grieta rocosa de Arcegno en Calw.

Lo que no consiguen hacer las nieblas en este monótono domingo lo logran las fuentes calientes en esta región rica en espectáculos naturales. ¡Quiero ir a Teinach, a sus pequeñas y encantadoras termas naturales! Pero es difícil escapar de una grieta en la montaña, el transporte público es aquí un fantasma. Cierto que, según el horario, el traqueteante tren tiene parada en Teinach. Desciendo y miro perdida a mi alrededor: parece que el lugar con el templo termal ha desaparecido en la niebla.

Sólo hay una cabaña de ladrillo, una carretera mojada, un río.

Por fin arranco e inicio mi camino con la bolsa de baño en una mano y el paraguas en la otra.

¿Hacia dónde he de caminar, camino? Estar en camino es todo, dice el camino.

Poco a poco fui reconociendo rostros entre el vaho de la grieta.

Son cabezas de personajes que en Calw gobiernan imperios: música, historia, política local, pedagogía.

Un simpático clan familiar representa al reino de los libros.

Pero, sobre todo, en los alrededores de la Caja de Ahorros se me mostraron espíritus bondadosos. A pesar de los niños pequeños, la señora Weinheimer siempre supo escuchar mis preguntas y mis cuitas, se convirtió para mí en una persona querida e imprescindible.

Eficaces expertos solventaron sin rechistar las numerosas averías que se produjeron en mi cuarto de poeta altamente tecnificado. En la Caja de Ahorros, el amable señor Ackermann custodió las cartas y los paquetes que me fueron llegando.

La Caja de Ahorros, un imperio en el acto de equilibrio entre el espíritu y el dinero. Me impresionó por la multiplicidad de sus estratos: abajo, en las ventanillas, se pasan cheques y billetes; en los pisos superiores, donde asesoran endiabladamente bien, hay cuadros escogidos, en general originales de Hesse y de Schlichter, que hablan del sentido artístico de dirigir. Pero la guinda que corona a la entidad de crédito es la pequeña biblioteca con obras raras de Hesse donde pasé placenteras horas de diálogo interior con H.H.

Me sentí vivamente unida a Hesse cuando entré en la hermosa casa estilo Arte Nuevo en la Gartenweg, donde vive Marlies Bordamer, la prima que me recomendó Heiner Hesse. La hora del té con las animadas conversaciones me permitió atisbar cómo era la vieja Calw y la época de Hesse, y como colofón pude echar un vistazo al valioso armario con las cartas originales que Hermann Hesse escribió a Fanny Gundert.

Entre los vapores también iban destacando otras caras cada vez con mayor claridad. Cuando el vértigo de la grieta quería hacerse conmigo aparecía como en un cuento la mujer sabia, sacaba su revuelta mata de pelo rubio de un coche azul picaso y me llevaba con ella. Sin ella se me habrían escapado los lugares termales y los encantadores pueblecitos en el borde de la grieta.

Cierto día el señor Hartmann me llevó por las instalaciones de Hirsau y reconocí la fuerza revolucionaria que había surgido del valle del Nagold. A partir de ese momento me gustaba sir a Hirsau a pie, me parecía un ojo de bosque, un lugar geomántico.

Pero no sólo en Hirsau, sino también en cualquier otro lugar de este valle místicamente crepuscular por las sombras de los árboles, me parecía que las personas no estaban cinceladas con tanta uniformidad como en el llano. Tienen ideas sutiles, las elucubran caprichosas. Conservan en el recodo del bosque sus propias fuentes y vapores de la fe: waldenses, metodistas, antropósofos, pietistas...

Durante la cena en la parte vieja de Calw, un señor de edad sentado en la mesa vecina quiso saber qué hacía yo, una suiza, aquí en Calw.

Estoy siguiendo las huellas de Hermann Hesse, respondí.

Y él replicó: ¿Cree usted que Hermann Hesse le rezó a dios?

Mi respuesta, expresada con precaución, no pareció enfadarle; se puso en pie y, lleno de dignidad y de paz, puso en mis manos un tratado sobre la oración.

¿Acaso era un descendiente del zapatero Flaig?

Pasaron semanas, los días iban ganando duración y calor con titubeos. Un día los cafés sacaron sus mesitas afuera, el cielo se desplegaba azul, casi sureño, por encima de las cumbres montañosas. De pronto pensé en mi camelia, que quizá ya estuviera casi agostándose, con sus capullos en forma de mandala. En la noche siguiente oí a Hermann Hesse, en esta ocasión como jardinero de Montagnola, que me susurraba: *“Durante ese*

instante sabe maravillosamente la sensación de vida sedentaria, de tener patria, la sensación de amistad con las flores, la tierra, la fuente, la sensación de responsabilidad sobre un pedacito de tierra”...

En el calendario se aproximaba la Pascua. La misma magia que me había atraído al mundo suabo, a orillas del Nagold, me hacía volver irremisiblemente a Tessin, pero yo sabía que había pasado una buena época y que no me perderé para Hermann Hesse ni para Calw.